

# PARTIALS

## LA CONEXIÓN

DAN WELLS



# PRIMERA PARTE



# CAPÍTULO UNO

**L**a recién nacida N°485GA18M falleció el 30 de junio de 2076 a las 6:07 de la mañana. Tenía tres días de vida. Desde el Brote, el promedio de vida de un niño humano era de cincuenta y seis horas.

Hasta habían dejado de ponerles nombres.

Kira Walker observaba con impotencia mientras el doctor Skousen examinaba el cuerpecito. Las enfermeras (la mitad de ellas también embarazadas) registraban los detalles de su vida y su muerte, sin rostros, enfundadas en trajes de una sola pieza y máscaras antigás.

La madre miraba, abatida, desde el pasillo. El vidrio atenuaba sus sollozos. Ariel McAdams tenía apenas dieciocho años. Madre de un cadáver.

–Temperatura central: 37 grados al nacimiento –informó una enfermera, mientras revisaba la lectura del termómetro. Su voz se oía metálica a través de la máscara. Kira no sabía su nombre. Otra enfermera apuntaba meticulosamente las cifras en una hoja amarilla–. A los dos días, 36.5 grados –prosiguió la primera–. A las cuatro de la mañana de hoy, 37 grados y a la hora del deceso, 43 grados.

Se movían suavemente por la habitación, como pálidas sombras verdes en una tierra de muertos.

–Déjenme cargarla –sollozó Ariel, con voz quebrada–. Déjenme cargarla.

Las enfermeras la ignoraron. Era el tercer nacimiento de la semana, y la tercera muerte. Era más importante registrar el deceso, aprender de él para evitar, si no el próximo, sí el siguiente, o el centésimo, o el milésimo. Encontrar el modo de ayudar a un niño humano a sobrevivir.

–¿Frecuencia cardíaca? –preguntó otra enfermera.

*No puedo seguir haciendo esto, pensó Kira. Quiero ser enfermera, no enterradora...*

–¿Frecuencia cardíaca? –volvió a preguntar con insistencia. Era la enfermera Hardy, jefa de maternidad.

Kira puso atención de inmediato; ella estaba a cargo de monitorear la actividad cardíaca.

–Estable hasta las cuatro de esta mañana; entonces pasó de 107 a 133 pulsaciones por minuto. A las cinco, la frecuencia cardíaca era de 149. A las seis, de 154. A las seis y seis minutos, de... 72.

Ariel volvió a gemir.

–Mis cifras lo confirman –dijo otra enfermera.

La enfermera Hardy apuntó los números pero miró a Kira, enojada.

–No te distraigas –la reprendió–. Muchos residentes darían su ojo derecho por ocupar tu puesto.

–Sí, señora.

En el centro de la sala, el doctor Skousen se puso de pie, entregó la bebé a una enfermera y se quitó la máscara antigás. Sus ojos parecían tan muertos como los de la criatura.

–Creo que es todo lo que averiguaremos por ahora. Limpien esto y preparen los análisis de sangre completos.

Salió de la habitación, y en torno de Kira todas las enfermeras prosiguieron con su ajetreo, envolviendo al bebé para su entierro, limpiando los equipos y lavando la sangre derramada. La madre lloraba,

sola y olvidada. A Ariel la habían inseminado artificialmente, y no tenía un esposo o novio que la consolara. Kira, obediente, reunió todos los registros para guardarlos y analizarlos, pero no podía dejar de mirar a la muchacha que sollozaba detrás del vidrio.

—No te distraigas, residente —insistió la enfermera Hardy. Ella también se quitó la máscara; tenía el cabello adherido a la frente por el sudor. Kira la miró en silencio. La enfermera le devolvió la mirada y levantó una ceja—. ¿Qué nos dice ese aumento de la temperatura?

—Que el virus alcanzó su nivel de saturación —respondió Kira, recitando de memoria—. Se reprodujo hasta avasallar el sistema respiratorio, y el corazón empezó a forzarse para compensarlo.

La enfermera Hardy asintió, y Kira advirtió por primera vez que tenía los ojos irritados y enrojecidos.

—Uno de estos días, los investigadores van a encontrar un perfil común en estos datos y van a aplicarlo para sintetizar una cura. Y la única manera en que podrán hacerlo es si nosotros... —hizo una pausa y esperó a que Kira completara la oración.

—Estudiamos del mejor modo posible el curso de la enfermedad en cada niño y aprendemos de nuestros errores.

—De los datos que tienes en las manos va a depender que se encuentre una cura —la enfermera Hardy señaló los papeles de Kira—. Si no los registramos, esta criatura habrá muerto en vano.

Kira volvió a asentir y acomodó, aturdida, los papeles en su carpeta.

La jefa de enfermeras se apartó, pero Kira la llamó con unos golpecitos en el hombro. Cuando la mujer se volvió, Kira no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Disculpe, señora, pero si los médicos ya terminaron con el cuerpo, ¿Ariel podría cargarla? ¿Solo un minuto?

La enfermera Hardy suspiró, y su semblante adusto y profesional dejó vislumbrar la fatiga.

—Mira, Kira. Sé con qué rapidez cursaste el programa de capacitación.

Es evidente que tienes aptitudes para la virología y el análisis del RM, pero la habilidad técnica es apenas la mitad del trabajo. Tienes que estar preparada emocionalmente o la sección maternidad va a devorarte viva. Llevas tres semanas con nosotros; es el décimo niño que ves morir. Para mí es el novecientos ochenta y dos. Recuerdo a cada uno de ellos –hizo una pausa y su silencio se prolongó más de lo que Kira esperaba–; tienes que aprender a superarlo.

Kira miró hacia el pasillo, Ariel seguía llorando y golpeando el grueso vidrio.

–Sé que usted ha perdido a muchos, señora –dijo, y tragó en seco–. Pero para ella es el primero.

La enfermera Hardy miró a Kira un largo rato, con una sombra lejana en la mirada. Por fin, se dio vuelta.

–¿Sandy?

Otra enfermera joven, que estaba llevando el cuerpecito hacia la puerta, levantó la vista.

–Desenvuelve a la bebé –le ordenó la enfermera Hardy–. La madre va a cargarla.

Kira terminó su papeleo como una hora más tarde, justo a tiempo para la asamblea con el Senado. Marcus la esperaba en el vestíbulo y la recibió con un beso. Ella intentó dejar atrás la tensión de la larga noche. Marcus sonrió, y ella respondió con una sonrisa débil. La vida siempre era más fácil cuando estaba él.

Salieron del hospital y Kira parpadeó cuando sus ojos cansados enfrentaron aquel súbito estallido de luz natural. El hospital era como un bastión de tecnología en el centro de la ciudad, tan diferente de las casas ruinosas y las calles cubiertas de maleza que bien podría haber sido una nave espacial. Lo peor del desastre ya se había limpiado, por supuesto, pero incluso once años más tarde quedaban rastros del Brote por doquier: los automóviles abandonados se habían convertido

en puestos de venta de pescados y verduras; los patios cubiertos de césped ahora eran huertas y gallineros. Un mundo que había sido tan civilizado —el viejo mundo, anterior al Brote— se había convertido en unas ruinas prestadas para una cultura que estaba apenas un escalón por encima de la Edad de Piedra. Los paneles solares que daban energía eléctrica al hospital eran un lujo con el cual la mayor parte de East Meadow solo podía soñar.

Kira pateó una piedra en el camino.

—Creo que ya no puedo seguir haciendo esto.

—¿Quieres tomar un bicitaxi? —le preguntó Marcus—. El coliseo no está tan lejos.

—No me refería a caminar —respondió ella—, sino a esto: al hospital, los bebés. Mi vida —recordó los ojos de las enfermeras, pálidos, enrojecidos y fatigados, muy fatigados—. ¿Sabes a cuántos bebés he visto morir? —preguntó, en voz baja—. Los he visto personalmente, delante de mí.

Marcus la tomó de la mano.

—Tú no tienes la culpa.

—¿Qué importa quién tiene la culpa? Igual están muertos.

—Nadie ha podido salvar a un niño desde el Brote —insistió Marcus—. Nadie. Llevas apenas tres semanas trabajando allí como residente. No puedes angustiarte por no hacer algo que ni los médicos ni los investigadores han logrado hacer.

Kira se detuvo y lo miró fijamente; no podía estar hablando en serio.

—¿Quieres hacerme sentir mejor? —preguntó—. Porque decirme que es imposible salvarle la vida a un bebé es una manera muy estúpida de hacerlo.

—Sabes que no me refería a eso —dijo Marcus—. Solo digo que tú, personalmente, no eres responsable. A esos niños los mató el RM, no Kira Walker.

Ella desvió la mirada hacia el lado opuesto de la carretera, que se iba ensanchando.

—Es solo una manera de verlo.



La multitud se hacía más numerosa a medida que se acercaban al coliseo. Hasta era posible que lo llenaran, algo que no ocurría desde hacía meses, cuando el Senado había aprobado la Ley de Esperanza, que reducía la edad de embarazo a dieciocho años. De pronto, Kira sintió un nudo en el estómago e hizo una mueca.

—¿De qué crees que se trate esta “asamblea de emergencia”?

—Conociendo al Senado, será algo aburrido. Nos sentaremos cerca de la puerta, para poder escabullirnos si Kessler vuelve a lanzarnos una diatriba.

—¿No crees que sea importante? —preguntó Kira.

—Bueno, ellos siempre se creen importantes. Ya sabes cómo son —le sonrió, y al verla tan seria, frunció el ceño—. Si tuviera que adivinar, diría que van a hablar de la Voz. Esta mañana, en el laboratorio, corría el rumor de que esta semana atacaron otra granja.

Kira miró la acera, evitando la mirada de Marcus.

—¿No crees que vuelvan a bajar la edad de embarazo?

—¿Tan pronto? —preguntó él—. Aún no han pasado nueve meses... No creo que vuelvan a bajarla antes de que las chicas de dieciocho años lleguen a término.

—Son capaces de hacerlo —dijo Kira, siempre con la mirada hacia abajo—. Son capaces, porque la Ley de Esperanza es la única manera que se les ocurre de intentar resolver el problema. Piensan que si tenemos suficientes bebés, habrá alguno que sea resistente. Pero no está dando resultado y no lo ha dado en los últimos once años; entonces, nada va a cambiar solo por embarazar a un montón de adolescentes —soltó la mano de Marcus—. Pasa lo mismo en el hospital: se ocupan de las madres, lo mantienen todo estéril, registran todos los datos, pero los bebés siguen falleciendo. Sabemos exactamente cómo mueren; sabemos tanto al respecto que me siento enferma de solo pensarlo, pero no sabemos absolutamente nada de cómo salvarlos. Tenemos muchísimas chicas embarazadas, pero lo único que tendremos después serán más bebés muertos y más cuadernos llenos de las mismas estadísticas sobre cómo murieron.

Kira sintió que se le encendía el rostro y los ojos se le llenaban de lágrimas. Algunos transeúntes la miraron al pasar; había mujeres embarazadas y ella estaba segura de que la habían oído. Cruzó los brazos con fuerza, enojo y vergüenza.

Marcus se acercó y la rodeó con un brazo.

—Tienes razón —le susurró—. Tienes toda la razón.

Ella se recostó contra él.

—Gracias.

Entre la multitud, alguien gritó.

—¡Kira!

Ella levantó la vista y se enjugó los ojos con el dorso de la mano. Madison avanzaba entre el gentío, agitando un brazo, exaltada. Kira no pudo sino sonreír. Madison le llevaba un par de años, pero se habían criado juntas, prácticamente como hermanas en la familia que habían improvisado después del Brote. Levantó una mano y la saludó de lejos.

Madison los alcanzó y abrazó a Kira con entusiasmo. Su flamante esposo, Haru, la seguía unos pasos más atrás. Kira no lo conocía bien; él estaba en la Red de Defensa cuando conoció a Madison, y lo habían transferido para realizar tareas civiles apenas unos meses atrás, cuando se casaron. La saludó con un apretón de manos, y a Marcus con un ademán solemne. Kira volvió a preguntarse cómo era posible que Madison se hubiera enamorado de alguien tan serio pero, por otro lado, supuso que cualquiera lo sería en comparación con Marcus.

—Gusto de verte —le dijo Haru.

—¿Puedes verme? —preguntó Marcus, palpándose y fingiendo súbito asombro—. ¡Se debe de haber pasado el efecto de la poción! Es la última vez que le doy mi almuerzo a una ardilla que habla.

Madison rio y Haru levantó una ceja, confundido. Kira lo observó, esperando, hasta que la falta de sentido del humor de Haru le resultó tan graciosa que no pudo evitar una carcajada.

—¿Cómo están, chicos? —preguntó Madison.

–Sobreviviendo –respondió Kira–. Apenas.

Madison hizo una mueca.

–¿Mal día en la maternidad?

–Ariel tuvo a su bebé.

Madison palideció y sus ojos reflejaron una tristeza genuina.

Kira pudo percibir cuánto le dolía la noticia; pronto cumpliría dieciocho años. Todavía no estaba embarazada, pero solo era cuestión de tiempo.

–Cuánto lo siento. Volveré contigo después de la asamblea para saludarla y ver si puedo ayudar en algo.

–Buena idea –respondió Kira–, pero tendrás que ir sin mí; hoy tenemos una incursión de rescate.

–¡Pero si no dormiste en toda la noche! –protestó Madison–. No pueden obligarte a ir.

–Dormiré una siesta antes –repuso–, pero necesito ir. Últimamente el trabajo me está destruyendo y me vendría bien un cambio de ritmo. Además, quiero demostrarle a Skousen que puedo hacerlo. Si la Red de Defensa precisa un paramédico en la incursión, pues seré la mejor que hayan visto.

–Tienen suerte de tenerte –dijo Madison, abrazándola de nuevo–. ¿Jayden también va?

–Sí, es el sargento a cargo.

Madison sonrió.

–Dale un abrazo de mi parte.

Jayden y Madison eran hermanos; no hermanos adoptivos sino verdaderos hermanos de sangre, los únicos parientes genéticos directos que quedaban en el mundo. Algunos decían que eran la prueba de que la inmunidad al RM se podía heredar, lo cual solo hacía más frustrante el hecho de que, hasta ahora, ninguno de los recién nacidos la hubiera heredado. Lo más probable, pensaba Kira, era que Madison y Jayden fueran una anomalía que no volvería a repetirse.

Jayden era además, como Kira le decía a menudo a Madison, uno de los seres humanos más atractivos que quedaban en el planeta. Kira le lanzó una mirada pícaro a Marcus.

—¿Solo un abrazo? Podría darle también un beso o dos.

Marcus miró a Haru, incómodo.

—Bueno. ¿Alguna idea de cuál será el tema de la asamblea?

Las chicas rieron. Kira suspiró feliz, Madison siempre la hacía sentir mejor.

—Van a cerrar la escuela —explicó Haru—. Los niños más chicos de la isla ya están cumpliendo catorce años; prácticamente quedan más maestros que alumnos. Supongo que van a graduar a todos por anticipado en los programas de oficios, y a los maestros los enviarán adonde puedan ser más útiles.

—¿Tú crees? —preguntó Kira.

Haru se encogió de hombros.

—Es lo que haría yo.

—Probablemente será otro discurso aburrido sobre los Parciales —dijo Madison—. El Senado no se cansa de hablar de esas cosas.

—¿Acaso los culpas? —preguntó Haru—. Mataron a todos en la Tierra.

—Salvo a los aquí presentes —aclaró Marcus.

—No digo que no hayan sido peligrosos —insistió Madison—, pero hace once años que no se ve a ninguno. La vida continúa. Además, es obvio que ahora tenemos problemas más graves. Yo supongo que van a hablar de la Voz.

—Bueno, pronto nos enteraremos —dijo Kira, señalando hacia el norte con el mentón; empezaba a vislumbrarse el coliseo entre los árboles. El Senado tenía su propio edificio, por supuesto, en un ayuntamiento, pero las asambleas a las cuales se convocaba a toda la ciudad, se llevaban a cabo en el coliseo. Rara vez lo colmaban, pero los adultos contaban que antiguamente se llenaba todo el tiempo, cuando lo usaban para los deportes. Antes del Brote.

Kira tenía apenas cinco años de edad cuando se presentó el Brote; ni siquiera podía recordar la mayoría de las cosas del viejo mundo, y no confiaba en la mitad de las que acudían a su memoria. Recordaba a su padre, su rostro moreno, su cabello negro desaliñado y sus anteojos de armazón grueso sobre el puente de la nariz. Vivían en una casa de dos niveles —estaba casi segura de que era amarilla— y le habían hecho una fiesta cuando cumplió tres años. No tenía amigos de su edad, así que no hubo niños pequeños, pero sí estaban casi todos los amigos de su padre. Se acordaba de que tenía una caja grande llena de animales de peluche y que quería mostrársela a los presentes, por eso la había empujado hasta el vestíbulo con gran esfuerzo; en su mente, le parecía que le había tomado media hora o más, pero sabía que en realidad no podía haber sido tanto tiempo. Cuando por fin llegó a la sala y gritó a todos que miraran, su padre rio, la regañó y volvió a llevar la caja a su dormitorio. Tanto esfuerzo perdido en cuestión de segundos. No le molestaba recordarlo; nunca pensaba que su padre hubiera sido malvado o injusto. Era simplemente un recuerdo, uno de los pocos que tenía de su vida en el viejo mundo.

La multitud se había ido concentrando y se apiñaba entre los árboles mientras avanzaba hacia el coliseo. Kira se aferraba a Marcus con una mano y a Madison con la otra, y Haru los seguía como el último eslabón de una cadena. Se abrieron paso entre aquella masa humana y encontraron una fila de asientos vacíos cerca de una puerta, como quería Marcus. Kira sabía que tenía razón: si la senadora Kessler arremetía con otra perorata, o si el senador Lefou se ponía a hablar de horarios o cualquier otra temática aburrida de la que estuviera encargándose este mes, sería muy útil tener una salida a mano para escabullirse. Era obligatorio asistir, pero una vez que se hubieran tratado los asuntos importantes, no serían los únicos en retirarse temprano.

Mientras los senadores se dirigían en fila hacia el estrado, ubicado en el centro de la pista, Kira se removió en su asiento, incómoda, preguntándose si Haru estaría en lo cierto. Había veinte senadores en total y Kira

reconoció a casi todos, aunque no sabía sus nombres. Sin embargo, uno de los hombres era nuevo: alto, moreno y de compleción fuerte. Se erguía como un oficial militar, pero llevaba un traje sencillo de civil. Le susurró algo al doctor Skousen, el representante del hospital en el Senado, y luego se alejó y se perdió en la multitud.

—Buenos días.

La voz atronó en el inmenso estadio haciendo eco desde los altavoces hacia el exterior. El centro del coliseo se encendió con una imagen holográfica gigante del senador Hobb. Si bien había veinte senadores, siempre dejaban que Hobb tomara la iniciativa en las asambleas, pronunciara el discurso de apertura e hiciera la mayoría de los anuncios. Era, sin duda, el más carismático.

—Vamos a dar inicio a esta asamblea —prosiguió el senador Hobb—. Nos complace mucho verlos a todos aquí; es importante que ustedes participen en su gobierno, y estas asambleas son la mejor manera de estar conectados. En esta oportunidad queremos expresar un agradecimiento especial a la Red de Defensa de Long Island, específicamente al sargento Stewart y a su equipo, por haber pasado la noche girando la manivela de los generadores aquí, en el coliseo. Tal como les hemos prometido, estas asambleas nunca han quitado ni quitarán electricidad a la comunidad —hubo unos cuantos aplausos y Hobb sonrió con amabilidad mientras esperaba que se aplacaran—. Empezaremos con el primer tema del día. Señora Rimas, ¿podría acompañarme en el estrado?

—Es sobre las escuelas —dijo Kira.

—Te lo dije —recordó Haru.

La señora Rimas era la directora del sistema escolar de East Meadow, que con el tiempo se había reducido a una sola escuela que ella encabezaba. Kira escuchó con una mano sobre la boca, mientras la mujer hablaba con orgullo del trabajo que habían realizado sus maestros, el éxito que había demostrado su sistema con los años y los grandes logros de los alumnos que se habían graduado. Era una despedida, una mirada

trionfante sobre el trabajo hecho con abnegación, pero Kira no pudo evitar una sensación de asco. Por más vueltas que le dieran, por más que trataran de concentrarse en los aspectos positivos, la cruda verdad era que, simplemente, ya no quedaban niños. Iban a cerrar la escuela porque se habían quedado sin alumnos. Los maestros habían hecho su trabajo, pero los médicos no.

El ser humano más joven del planeta, por lo que todos sabían, cumpliría catorce años en un mes. Era posible que hubiera sobrevivientes en otros continentes, pero nadie había podido establecer contacto con ellos y, con el tiempo, los refugiados de Long Island habían llegado a creer que estaban solos. Que su habitante más joven era el más joven del mundo. Se llamaba Saladin. Cuando lo hicieron subir al escenario, Kira no pudo contener las lágrimas.

Marcus la abrazó, y juntos escucharon una serie de felicitaciones y discursos conmovedores. A los alumnos más jóvenes los transferirían anticipadamente a programas de oficios, tal como lo había adelantado Haru. Diez fueron aceptados en el programa premédico que Kira acababa de terminar; en uno o dos años empezarían a trabajar en el hospital como residentes, igual que ella. ¿Habría cambiado algo para entonces? ¿Los niños seguirían muriendo? ¿Las enfermeras continuarían viéndolos morir, registrando sus estadísticas y envolviéndolos para sepultarlos? ¿Cuándo terminaría todo eso?

Mientras cada maestro se ponía de pie para despedirse de sus alumnos y desearles lo mejor, se fue haciendo un silencio casi reverente en el coliseo. Kira sabía que estaban pensando lo mismo que ella. El cierre de las escuelas era como clausurar el pasado, como reconocer por fin que el mundo se estaba acabando. Quedaban cuarenta mil personas en la Tierra y no había niños. Tampoco una manera de hacerlos.

La última maestra habló en voz baja y se despidió de sus alumnos con lágrimas en los ojos. Los docentes también ingresarían en escuelas de oficios y tendrían un nuevo trabajo, una nueva vida. Esa maestra entraría

junto con Saladin en la Comisión de Animales, para entrenar caballos, perros y halcones. Kira sonrió al imaginar eso. Si bien él se veía obligado a crecer, al menos aún podría jugar con un perro.

La maestra se sentó. El senador Hobb se acercó al micrófono y se detuvo con calma bajo el reflector. Su imagen solemne y afligida llenó el coliseo. Hizo una pausa, ordenó sus pensamientos y luego miró al público con sus ojos azules.

—Esto no tenía por qué ser así.

Hubo un murmullo entre la multitud; una oleada de movimiento recorrió el estadio mientras la gente rumoreaba e intercambiaba miradas entre sí. Kira vio que Marcus la miraba. Lo tomó de la mano con fuerza y mantuvo los ojos fijos en el senador Hobb.

—La escuela no tenía por qué cerrar —continuó, en voz baja—. Quedan apenas veinte niños en edad escolar en East Meadow, pero hay más en el resto de la isla. Muchos más. En Jamesport hay una granja con diez niños casi de la edad de Saladin; los he visto yo mismo. Los he tomado de la mano. Les he rogado que vinieran aquí, donde estarían a salvo, donde la Red de Defensa puede protegerlos mejor, pero no fue posible. La gente que vive con ellos, sus padres adoptivos, no los dejaron. Y justo una semana después de que me marché, hace apenas dos días, la llamada Voz del Pueblo atacó esa granja —hizo una pausa para serenarse—. Hemos enviado soldados a rescatar lo que se pueda, pero temo lo peor.

El holograma del senador Hobb examinó atentamente el coliseo, atravesando al público con su mirada seria.

—Hace once años los Parciales intentaron destruirnos, y les salió muy bien. Los diseñamos para que fueran más fuertes que nosotros, más veloces, para que pelearan por nosotros en la Guerra de Aislamiento. Ganaron esa guerra fácilmente y cinco años más tarde, cuando se volvieron contra nosotros, no les tomó mucho tiempo borrarlos de la superficie de la Tierra, especialmente luego de que liberaron el R.M. Aquellos que sobrevivimos llegamos a esta isla sin nada: quebrados, fragmentados,



perdidos en la desesperanza. Pero sobrevivimos. Reconstruimos. Organizamos un perímetro defensivo. Encontramos comida y refugio, creamos un suministro de energía, gobierno y civilización. Cuando descubrimos que el RM no dejaba de matar niños, aprobamos la Ley de Esperanza para maximizar nuestras posibilidades de engendrar una nueva generación de seres humanos resistentes al RM. Gracias a la ley y a nuestro incansable personal médico, cada día estamos más cerca de ese sueño.

El senador Hobb hizo un ademán en dirección al doctor Skousen, que estaba sentado a su lado en el estrado, y volvió a levantar la vista. Tenía los ojos ensombrecidos y solemnes.

—Pero a lo largo de ese camino, ocurrió algo. Algunos decidieron apartarse. Algunos olvidaron que el enemigo aún se oculta en tierra firme, que nos observa y espera, y también olvidaron al enemigo que puebla el aire que nos rodea, que habita en nuestra propia sangre y mata a nuestros niños como mató a tantos de nuestros familiares y amigos. Porque algunos ahora han decidido que la civilización que construimos para protegernos es, por alguna razón, el enemigo. Seguimos peleando por lo que es nuestro, solo que ahora peleamos entre nosotros. Desde la aprobación de la Ley de Esperanza, hace dos años, la Voz... esos pandilleros, esos matones armados disfrazados de revolucionarios, han venido quemando nuestras granjas, saqueando nuestros almacenes, matando a su propia sangre, a sus propios hermanos y padres y, Dios nos ayude, a sus propios hijos. Porque eso es lo que somos: una familia, y no podemos permitirnos luchar entre nosotros. Y, sean cuales fueren sus motivos y lo que dicen defender quienes integran la Voz (llamémoslos como lo que son: unos bárbaros), simplemente están terminando lo que los Parciales empezaron. Y no vamos a permitirselos —su tono se endureció con la fuerza de la determinación—. Somos una sola nación, un solo pueblo, una sola voluntad —hizo una pausa—. O al menos, deberíamos serlo. Ojalá pudiera darles mejores noticias, pero anoche la Red de Defensa encontró un escuadrón de la Voz saqueando un depósito de provisiones. ¿Quieren saber dónde? ¿Pueden adivinar?

Algunas personas gritaron sugerencias, más que nada relativas a las granjas y los pueblos de pescadores más cercanos, pero la enorme imagen holográfica sacudió la cabeza con tristeza. Kira miró hacia abajo, al hombre mismo: una diminuta figura de gastado traje café que se veía casi blanco por la luz del reflector. El senador se volvió lentamente, negando con la cabeza a medida que el público proponía lugares de todas partes de la isla. Se detuvo y señaló al suelo.

—Aquí —dijo—. De hecho, justo allá, al sur de la carretera, en la antigua escuela secundaria Kellenberg. Fue un ataque pequeño y logramos contenerlo sin derramar mucha sangre, así que ustedes quizá ni siquiera se hayan enterado, pero llegaron hasta ese lugar. ¿Cuántos de ustedes viven cerca de allí? —levantó la mano, asintiendo hacia quienes también levantaban las suyas entre el público—. Sí —dijo—, ustedes viven allí, yo vivo allí, es el corazón de nuestra comunidad. La Voz ya no está solamente en el bosque: está aquí, en East Meadow, en nuestro propio vecindario. Quieren desgarrarnos desde adentro, ¡pero no vamos a permitirselos!

”La Voz se opone a la Ley de Esperanza —prosiguió—. La llaman tiranía, la llaman fascismo, la llaman control. Ustedes la llaman nuestra única oportunidad. Ustedes quieren darle un futuro a la humanidad; ellos quieren vivir en el presente, hacer lo que les dé la gana y matar a quien trate de impedirselos. ¿Acaso eso es libertad? Si algo hemos aprendido en los últimos once años, amigos, es que la libertad es una responsabilidad que se debe ganar, no una licencia para la temeridad y la anarquía. Si algún día, a pesar de nuestros mayores esfuerzos y nuestra más profunda decisión, finalmente caemos, que sea porque nuestros enemigos al fin nos derrotaron, y no porque nos dimos por vencidos.

Kira escuchaba en silencio, pensativa. No le apetecía en absoluto la idea de quedar embarazada tan pronto (le faltaban menos de dos años para alcanzar la edad), pero sabía que el Senado tenía razón. El futuro era lo más importante; sin discusiones, más importante que las dudas de una chica sobre el siguiente paso.

—La Voz no está de acuerdo con la Ley de Esperanza —continuó hablando el senador— y ha decidido expresar su disconformidad por medio de asesinatos, robos y terrorismo. Tienen derecho a estar en desacuerdo; lo que se cuestiona son sus métodos. Hubo otro grupo, no hace tanto tiempo, que aplicó los mismos modos; un grupo al que no le agradaba cómo eran las cosas y decidió rebelarse. Se llamaban Parciales. La diferencia es que los Parciales eran asesinos inhumanos, que no pensaban ni sentían. Mataban porque para eso los diseñamos. Quienes integran la Voz son humanos y, en cierto modo, eso los hace aún más peligrosos.

Hubo un murmullo entre la multitud. El senador Hobb bajó la vista, se aclaró la garganta y prosiguió.

—Hay cosas más importantes que nosotros, más importantes que los límites del presente y los caprichos del ahora. Hay un futuro que debemos construir y proteger. Y si vamos a hacerlo realidad, tenemos que dejar de pelear entre nosotros. Debemos poner fin al disenso dondequiera que se encuentre. Debemos volver a confiar los unos en los otros. No se trata del Senado y la ciudad; ni de la ciudad y las granjas, tampoco de un grupito o facción. Se trata de nosotros. De toda la raza humana, unida en una sola. Allá afuera hay gente que quiere destruir eso, ¡pero no vamos a permitirselo!

El público volvió a clamar, y esta vez Kira lo acompañó. Sin embargo, aun mientras gritaba a coro con los demás, no pudo evitar una súbita sensación de miedo, como unos dedos helados en el fondo de su mente.